

Yo no quisiera proponerte ejemplares que te dolieran; pero para mejor persuadirte es menester no salir de casa. ¿Qué clase de muger casada hará Pomposita con la educacion que le da su madre por culpa de Don Dionisio? Sin duda que será esta muger una orgullosa, necia y abandonada en la educacion de sus hijos, así como lo fué su madre, y mucho mas si por desgracia se une con un hombre desidioso, condescendente y abandonado.

Esto parece que no tiene duda, porque todos saben cuánto influye el ejemplo sobre nuestras acciones. Verdad es que algunas veces una razon bien ordenada se ha burlado de los malos ejemplos; pero esto es muy raro bajo una mala educacion; se puede tener por un milagro. Lo comun es hacer como se ve, y no obrar como se debe.

De todo lo dicho puedes concluir, que yo cuando reprendo los mas groseros vicios ó preocupaciones de las mugeres, no es con el deprovado fin de satirizarlas ó de ponerlas en mal, como suelen decir, sino con el de manifestarlas tales como son á los ojos de los sensatos, para que así otras se corrijan ó moderen.

Tampoco cuando las elogio ó disculpo es por lisonjearlas, pues no hay para qué. Es preciso ser justo con todas y en todas ocasiones.

Por último debes advertir, que es verdad lo que te digo de que los hombres son los que casi siempre tienen la mayor parte de los defectos de las mugeres. En otra ocasion te demostraré este axioma con mas solidez, porque ahora es tarde y vamos á comer.

CAPITULO IV.

En el que se trata una materia entretenida.

No es muy comun lograr por esposas mugeres dóciles, ni maridos prudentes y sensatos, ya sea porque no se merecen unos á otros, ó ya porque no se saben escoger. El Espíritu Santo dice que *la muger buena se dará al hombre por sus buenas obras*. Sin duda las tenia en su abono el coronel, pues mereció lograr una muger tan dócil como Matilde, la que lo escuchaba con tanto gusto, que siempre aprendia y aprovechaba las lecciones morales que aquel trataba de inspirarla. Para ella era un oráculo su marido; y ya se ve que

él no desmerecia tal concepto, pues no se contentaba con decirlo lo que era bueno ó malo, sino que procuraba convencer su entendimiento con la razon y la experiencia, y para asegurarse de que ella no accedía á su parecer por ceremonia sino por convencimiento, la enseñó desde el principio á que le propusiera las objeciones que encontrara en cualquier asunto para desvanecerlas. Matilde lo hacia así, y de este modo tenian unas conferencias divertidas.

No quedó muy satisfecha de la inferioridad de las mugeres respecto de los hombres, segun vimos en el capítulo anterior, y así no tardó en tocar el mismo punto á su marido.

Una ocasion le dijo; aunque el otro dia me dijiste tantas cosas para probarme que las mugeres somos inferiores á los hombres; yo la verdad no lo entiendo bien, porque veo practicar por estos lo contrario de lo que debia ser, en caso de que fuéramos tan inferiores como dices.

Todos los hombres y en todas ocasiones nos han respetado y respetan de tal manera, que nos convencen ciertamente de que son inferiores á nosótras. En este

particular soy hasta ahora de la opinion de mi hermana. Ciertamente no haré alarde de esta superioridad que me concede mi sexo, ó sea la *culta moda* como ella dice; mas no por eso dejaré de conocer que somos algo mas de lo que tú quieres persuadirme que somos.

Tú me dices muchas cosas que me convencen un poco de que me dices bien: pero veo que los hombres practican con nosótras unas acciones no solo comedidas y atentas, sino humildes y serviles; las que no harian, si no estuvieran penetrados de nuestra natural superioridad. En la calle, en los paseos, en los estrados, en los templos y en todas partes nos significan sus rendimientos, de modo que parecen nuestros criados ó vasallos. Yo la verdad; quisiera que los que comen mi pan y cobran mi salario, se portaran como los hombres con las mugeres. ¡Oh! en tal caso qué bien servida estuviera de mis criados.

Estos rendimientos no los puedes negar. Si un hombre va por la calle con una dama, la da el mejor lugar, y la presenta su brazo: si lo visita, la baja la escalera: si sube al coche, es la primera, la da la mano y el asiento superior: si está en la

mesa, la sirve los platos y la copa: si entra en un baile, se levanta, la cede su lugar, y él se queda en pié: si juega, ella alza y es preferida ántes que el hombre: si entra en el templo, la da e agua bendita: si alguno la ultraja, la defiende: si se le cae algo de la mano, se apresura á levantárselo: si ella se enfurece y lo maltrata, lo disimula: si levanta contra él la mano enardecida alguna vez, no sabe el hombre vengarse sino con un humilde sufrimiento. . . .

En fin, en todas partes manifiesta el hombre ser inferior á la muger. ¿No es esto una verdad? ¿Conque cómo he de creer que no tenemos tal superioridad solo porque tú lo dices, y porque no somos generales en la guerra, ni ministros ó magistrados en la paz? Vaya, hazme ver cómo está eso para que me desengañes, si es un error la opinion de mi hermana que ya admito.

Lo es en efecto, le dijo el coronel, y es un error origen de otros muchos, que conspiran á hacer infelices á las mugeres que lo adoptan. Verdaderamente ellas son dignas del aprecio y estimacion del hombre culto, y este aprecio hace que les tribute su respeto y que le ceda en muchas ocasiones la preferencia que á él le toca;

mas estos respetos y atenciones debe recibirlos la muger juiciosa, ó como un premio debido á su virtud, ó como un efecto de la generosidad de los hombres, y nunca los exigirá como unos derechos debidos á su soberanía por ser muger.

En virtud de esto, no debes creer que todos los hombres y en todos tiempos las han tributado sus respetos, como dijiste. Lo contrario, siempre han hecho las mugeres en el mundo el papel ya de señoras, y ya de esclavas de los hombres, á proporcion del capricho de estos y de las costumbres de los paises que han habitado. Mr. Tomas, en la pintura que hace de las mugeres, corrobora esta verdad con unos términos tan claros y precisos, que yo no me atrevo á substituirlos, ni ménos quiero, compendiando ni disfrazando sus razones, usurpar la gloria que se merece este célebre frances; y así te referiré sus párrafos al pié de la letra.

„Si examinamos, dice, los paises y los siglos, verémos casi en todas partes adornadas las mugeres y oprimidas en todos tiempos. Nunca dejó perder el hombre la menor ocasion de abusar de su fuerza; ántes bien se prevaleó siempre de la debi-

lidad de su sexo, prestándole al mismo paso homenaje á su belleza, y haciéndose á un tiempo su esclavo y su tirano. Parece que la misma naturaleza al formar unos entes tan dóciles y blandos de corazón, se ocupó mas en sus gracias que en sus dichas; pues rodeadas por todas partes las mugeres de angustias y temores, entran por mitad á sufrir nuestras miserias, y se ven sujetas á otras muchas que les son particulares. A nadie pueden dar la vida sin exponerse á perder la suya propia, y cada achaque periódico que experimentan, altera su salud y amenaza sus dias: su belleza se ve acosada de mil crueles enfermedades, y cuando se ven libres de este accidente, al paso que el tiempo se la marchita, las va tambien consumiendo cada dia: entónces no les queda mas protección y auxilio que el triste derecho de la compasión, y el recurso á los recuerdos de una memoria agradecida."

„Hasta la misma sociedad les aumenta los males de la naturaleza. Mas de la mitad del globo está llena de hombres rústicos y salvages, entre quienes las mugeres son infelices en extremo. El hombre rústico, que apenas conoce sino lo físico

del amor, feroz é indolente al mismo tiempo, activo por necesidad, pero inclinado al ocio por una pasión casi insuperable; ignorando asimismo todas aquellas ideas morales que suavizan el imperio de la fuerza, considerada como única ley de la naturaleza por la ferocidad de sus costumbres, manda despóticamente á unas criaturas, que haciéndolas iguales suyas la razón, las sujeta no obstante por su debilidad y flaqueza. Las mugeres son entre los indios (*) lo que eran los Ilotas entre los de Esparta, esto es, un pueblo vencido y obligado á trabajar para los vencedores. De aquí nacia que en las crillas del Orinoco, movidas las madres de compasión, solian matar á sus hijas luego que nacian, creyendo que esta compasión bárbara era una especie de obligación."

„Entre los orientales vimos otra especie de despotismo y de imperio, es á saber, la clausura y esclavitud casera de las mugeres, autorizada por la costumbre y

(*) *Habla el autor de los indios bárbaros y salvages: bien que nadie lo desmentiría si dijera que entre las naciones cultas europeas hay hombres que imitan á los indios, y á veces por caminos mas vergonzosos; pero de esto se hablará en su lugar.*

consagrada por las leyes. En Turquía, Persia, Mogol, Japon y en el vasto imperio de la China, vive una mitad del género humano oprimida por la otra, naciendo el exceso de semejante opresion del mismo amor excesivo. Toda el Asia está llena de prisiones, donde la beldad esclava espera siempre los caprichos de un dueño ó tirano, y donde una multitud de mugeres juntas no tiene mas sentidos ni voluntad que la de un hombre solo: sus triunfos no son sino instantáneos; pero sus competencias, odios y furoros son el ejercicio de cada dia. Allí se ven precisadas á pagar su misma esclavitud con el mas tierno amor; ó bien, lo que aun es mayor tormento, con la imágen de un amor que no tienen: allí el despotismo de mayor vituperio las somete á unos monstruos, que no perteneciendo á ningun sexo, deshonoran los dos á un tiempo: allí (*) finalmente, no sirve su educacion sino á envilecerlas; sus virtudes son forzadas, sus satisfacciones tristes é involuntarias, y despues de algunos años se hallan con una vejez larga y horrorosa."

(*) *Habla de los eunucos ó esclavos castrados que los guardan.*

„En aquellos países templados, donde los ardores mas remisos dejan á los deseos mayor confianza en las virtudes, no han sido privadas las mugeres de su libertad; pero la severa legislacion las ha colocado en casi todas las cosas bajo la dependencia. Al principio fueron condenadas al retiro, y separadas, tanto de las diversiones como de los negocios: despues quisieron los hombres insultar su razon mediante una larga tutela. En unos climas se ven ultrajadas por la poligamia, la cual les concede por compañeras perpetuas sus mismas competidoras y concurrentes: en otros estan sujetas á los indisolubles lazos que comunmente unen para siempre la dulzura con el desabrimiento, y la ternura con el odio. En aquellos países donde son mas dichosas, deben no obstante reprimir sus deseos, y se ven oprimidas: en lo que mira á disponer de sus bienes, véense privadas de su misma voluntad por las leyes; y esclavas de la opinion que las domina con imperio, se les imputa á delito aun la apariencia misma: hállanse rodeadas por todas partes de unos jueces que son á un tiempo sus seductores y tiranos; y preparádoles ó dis-

poniéndoles sus defectos, se los castigan con la deshonra, y se usurpan el derecho de mortificarlas con las sospechas. Tal es, poco mas ó ménos, la suerte de las mugeres en todo el orbe. Los hombres son con ellas indiferentes ó tiranos, segun los climas y edades: unas veces la opresion es fria y tranquila, como es la del orgullo; otras es violenta y terrible, cual es la de los zelos; de suerte que cuando no son amadas no son nada, y cuando son adoradas estan expuestas á mil tormentos; y así tienen que temer igualmente tanto el amor como la indiferencia. Por fin, parece que la naturaleza las ha colocado en las tres partes de la tierra, entre el menosprecio y la infelicidad. . . .”

„Sin embargo, es preciso confesar que no todos los hombres fueron igualmente injustos, pues en algunos paises se tributaron públicos respetos á las mugeres: las artes las han levantado monumentos, y la elocuencia ha celebrado sus virtudes.”

Hasta aquí Mr. Tomas á nuestro intento; y ya ves, segun esta pintura, que las mugeres léjos de haber disfrutado generalmente los gages de aquella soberanía á que se consideran acreedoras, casi siem-

pre, ya mas, ya ménos, han sido el juguete de los hombres, á proporcion de sus caprichos, costumbres, climas, religion y gobierno.

Todo está bueno, contestaba Matilde; pero no dudando de la verdad de ese autor, quisiera saber en qué somos las mugeres inferiores á los hombres; porque ciertamente, si lo somos tanto, no puede haber mayor infelicidad que ser muger, y una infelicidad tanto mas dura, cuanto que caemos en ella sin culpa nuestra, pues no está en nuestra mano elegir sexo.

La inferioridad de la muger respecto al hombre, respondió el coronel, no consiste en otra cosa que en la debilidad de su constitucion física, es decir, en cuanto al cuerpo; pero en cuanto al espíritu en nada son inferiores á los hombres, pues no siendo la alma hombre ni muger, se sigue que en la porcion espiritual sois en todo iguales á nosotros.

Es verdad que en las mugeres se notan algunos vicios, como tambien virtudes, que parece que les son peculiares, ó á lo ménos se dejan conocer en ellas con mas frecuencia que en los hombres. Por ejemplo, parece que las mugeres son naturalmente mas